



González Fernández, Íñigo

(Noain, 1981)

Tecleando historias

La culpa fue de Gustavo Adolfo Bécquer. De sus Rimas. De sus Leyendas. De su poder de evocación. De una frase que comenzó sublime (Hoy los cielos y la tierra me sonríen) y que terminó con media docena de libros de premio. Aquellos versos sugirieron una pequeña redacción escolar y el anticipo de la que sería la profesión de Íñigo González Fernández: escribiría.

134

El niño que devoraba todo lo que caía en sus manos, que creció al abrigo de la biblioteca de Noáin, pronto descubrió que la Tierra Media le podía llevar tan lejos como Tintín y el Capitán Haddock. Que si Pérez-Reverte podía hacerle releer un mismo párrafo diez veces y emocionarse en cada una de ellas era porque Alejandro Dumas ya le había mostrado el camino antes.

El sendero de la escritura comenzó a recorrerlo como tantos otros; a escondidas y con el pudor de quien se descubre ante otros. Hasta que el periódico puso las cosas en su sitio. Diario de Navarra había entrado en su casa desde siempre, al igual que la vista de su rotativa acompañaba sus viajes en autobús al Instituto Plaza de la Cruz de Pamplona primero y a la Universidad de Navarra después. ¿Periodista por vocación? Quizá. ¿Contador de historias? Siempre.

Durante sus 15 años de profesión Íñigo González ha transitado por todos los géneros y por diferentes secciones. Amante del baloncesto, el azar le llevó a ser el responsable del fútbol regional durante una década. Aprendió a sentir ese deporte y a encontrar los pequeños tesoros que se ocultaban tras los partidos de cada domingo. Y a contarlos. El mejor colofón a aquella época tuvo tapas duras, muchas páginas y cientos de historias que plasmó en *50 Aniversario del Trofeo Boscos*, libro del que es coautor.

Y ahora, después de tres años contando la vida desde el prisma de la Educación (área de la que es responsable en el periódico) este noainarra aceptó

el reto lanzado por un hermano de reencontrarse con otro tipo de letras. De volver a escribir para él. De inventar. Así nace *Estaciones de relato*, una obra autoeditada sin más pretensiones que las de narrar cuatro escenas que se agolpaban en su mente. Hablan del valor, de la muerte, del reconocimiento y de esos héroes cansados que tanto abundan en el padre de Alatriste.

En la actualidad, Íñigo González vive con su mujer y sus dos hijos en Imarcoáin, el pueblo que le adoptó y que le regala la tranquilidad necesaria para seguir sentándose ante un ordenador y teclear historias.



**Goñi,
Fermín**

(Pamplona, 1952)

135

Una buena escuela

Uno no elige dónde nacer ni tampoco quiénes son sus padres (con el tiempo, cada quisque puede optar por estudiar esto o aquello, juntarse con la persona que desea y vivir donde más le guste o le convenga). Por esa circunstancia tan común, no tuve opción para decidir a qué colegio iba a ir cuando tenía ocho años (antes, como muchos otros, pasé por uno de monjas), ni siquiera cuando llegué a los catorce. Pero circunstancias que no vienen al caso hicieron que acabara pasando cuatro años del Bachillerato, los últimos, en un centro que, teniendo -creo que injustamente, de acuerdo a mi experiencia- fama de duro, casi de reformatorio, me moldeó como persona y me orientó para el futuro. El colegio era el internado de Lecároz, que dirigían con buena mano un numeroso grupo de esforzados y sabios capuchinos. Allí, con la habitación orientada hacia el caserío de Atxeborroa, oteando al final de la estampa el palacio de Aroztegia, y unas aulas que